

Me llamo Akenatón y soy un gato. El pintor Édouard y Amenofis IV, mi hermano gemelo (pero dizigoto), comparten mi existencia. Hace ya bastantes años —diez o quince— un muchacho de cabello rubio y ojos azul marino regaló a Édouard una caja de cartón rojo llena de agujeritos. Édouard levantó la tapa y descubrió dos gatitos con los ojos entreabiertos. Teníamos cinco semanas. «Es un regalo para usted», dijo el muchacho. Al no podernos distinguir —la mirada humana es de poca agudeza— Édouard nos bautizó Akenatón y Amenofis IV por una razón evidente que el lector ya habrá comprendido.

El faraón cuyo nombre llevo quiso imponer al pueblo egipcio el monoteísmo y confiar al arte la misión de representar la realidad, sin compromisos ni indulgencias, empezando por su propia persona que podemos ver en Karnak: máscara caballuna, brazos escuálidos, pecho esquelético, barriga prominente, caderas femeninas, una auténtica escultura expresionista. Quizá mi nombre haya contribuido a darme la vocación de escribir la historia de la humanidad. Quizá me haya sensibilizado para percibir lo inmutable, ya que, durante tres milenios, los egipcios construyeron, esculpieron y grabaron siguiendo

las mismas normas. Quizá me haya incitado finalmente a conceder demasiada indulgencia a los animales. Diodoro pudo constatar estupefacto que, en el curso de una hambruna, los egipcios prefirieron devorarse entre ellos antes que consumir animales sagrados. Y casi todos los animales lo eran.

Los hombres han consagrado innumerables estudios a los gatos, porque les intrigan y les inquietan. Han puesto su mirada en nosotros, pero no se han preocupado en absoluto de la mirada con que nosotros les observamos. La finalidad de este libro consiste en llenar ese vacío. Pero debo anunciar que, a pesar de su título aparentemente lúdico, no pretende hacer reír. No se dirige a los bebedores ilustres y sifilíticos amanerados, sino a todos aquellos y aquellas que sienten la preocupación de conocer el origen de sus prejuicios y de sus supersticiones, o simplemente de su origen. Sé hasta qué punto los hombres se interesan por su genealogía. Sé que muchos, en este mundo, sean emperadores, reyes, presidentes, enarcas, inspectores o nomenclaturistas, descienden de algunos traficantes de reliquias o de aguardiente, de cordeleiros o de lavatripas. Y sé del mismo modo que muchos pordioseros y pordioseras, enfermos y miserables, que uno ve dormir bajo los puentes, pedir limosna a la puerta de los hoteles de lujo y acabar su triste existencia en el hospicio de Ivry, descienden a veces de la raza y de la estirpe de los emperadores, reyes, presidentes, enarcas, inspectores y nomenclaturistas, teniendo en cuenta los admirables trasiegos de los reinos y de los imperios. Yo, Akenatón, pienso a veces que desciendo de aquellos gatos faraónicos que contemplaban el paso de los siglos y la caída de los imperios desde lo alto de las pirámides. A la manera de Morandi, que consagró su vida a la contemplación de jarras y botellas, yo paso la mía observando la agitación de los hombres.

Los hombres se agitan siguiendo el ritmo dialéctico del esclavo y del señor. No sucede así en el reino animal. Nosotros combatimos para sobrevivir y sucede que nos alimentamos de la carne de especies que no odiamos. Pero no nos los reservamos en rebaños, como hacen los hombres, dedicando los más atentos cuidados a sus vacas, ovejas y aves de corral antes de degollarlos y devorarlos. Y el hombre lleva hasta el límite la utilización de sus restos: nosotros dejamos a los buitres las partes incomedibles de nuestras víctimas, mientras los hombres se hacen con ellas abrigos, vestidos, perifollos y plumas para adornar el sombrero de las señoras.

El hombre se abalanza sobre los títulos y sobre las cosas. El gato se conforma con lo que es, se contenta con lo que tiene. No sabe lo que es la envidia. Dicen los japoneses que la hierba siempre es más verde en la ribera de enfrente. A nosotros nos basta con nuestra propia orilla. Sabemos que la edad de oro no está detrás de nosotros y que delante no nos espera ningún Eldorado. No nos desesperamos. No esperamos nada, salvo la repetición.

Se dice que los pueblos felices no tienen historia. No hay pueblos felices. Por lo tanto sólo queda la historia. Conviene escribirla. Voy a intentarlo, pero, modestamente, procuraré ser como Dios, presente en todas partes pero invisible siempre. No soy portador de ningún mensaje. Si uno quiere vivir, hay que renunciar a tener una idea clara de lo que sea. Así es la humanidad, no se trata de cambiarla sino de conocerla. Me subleva la forma que tienen todas las religiones de hablar de Dios, hasta tal punto lo tratan con certeza, ligereza y familiaridad. Me irritan especialmente los sacerdotes, que siempre tienen esa palabra en los labios. Es una especie de estornudo habitual: la bondad de Dios, la cólera de Dios, ofender a Dios, éstas son sus palabras. Es lo mismo que considerarlo como un hombre, y lo que es peor, como un burgués.

\*

Me atrevo a dirigirme al lector para recordarle que la historia que acostumbra a leer no es la historia de los hechos, sino una serie de juicios admitidos, y que la ignorancia es la primera necesidad de la historia, ya que simplifica y clarifica, escoge y omite. Sin duda estás convencido de que tus antepasados, que vivían en la Edad Media occidental, eran cristianos. Pero ¿sabes que las fuentes en las que se funda esta afirmación son los textos de los clérigos, los únicos que, en aquel tiempo, sabían leer y escribir, aparte de que sus escritos debían conformarse con los prejuicios del momento? Antes de leer un libro de historia no des todo tu crédito a los hechos que narra, sino a la persona del historiador. Lee su biografía, después lee la biografía de su biógrafo, y finalmente la del biógrafo de su biografía. ¿Puedes hacerlo? Probablemente no. Por lo tanto sólo podrás conocer la opinión de cierto individuo, en un momento dado, es decir el cuadro de cierta época de la que sólo quedan rastros incompletos. El historiador es el producto de una historia que no podrás conocer mejor que quien la cuenta. Y, según su edad, el mismo historiador puede contar la misma historia de diferentes maneras, hasta tal punto es cierto que nadie se baña dos veces en el mismo río.

La ingenuidad de ciertos historiadores, aquellos que dan un sentido a la historia —¿pero se trata de dirección o de significado?— consiste en creer (y hacer creer) que los acontecimientos se amontonan como platos formando una torre capaz de alcanzar un paraíso de felicidad. Es lo que denominan el progreso. Uno de ellos, británico y muy sabio, que vivía en el siglo llamado «de las luces», no dudó en escribir: «Podemos concluir con total confianza que desde el

comienzo del mundo, cada siglo ha aumentado y aumenta todavía el caudal de riquezas reales, la felicidad, la inteligencia y quizá incluso las virtudes de la raza humana». No insistamos sobre tal estupidez. Para nosotros, los gatos, la historia es casi inmóvil, y no vemos que haya ningún «progreso» entre el asesinato de diez mil cristianos, ordenado por el rey Sopor y pintado por Durero y la incineración de millones de judíos en Auschwitz. Tampoco pensamos que la nariz de Cleopatra haya cambiado la faz de la tierra y que un poco de humor adusto, afectando las fibras de un solo hombre, pueda detener la desgracia y la ruina de las naciones. Los hombres juzgan a las sociedades a partir de la suya. Declaran «bárbaros» a los francos que castigaban el robo con la muerte y penalizaban el asesinato con una simple multa. Pero a las mismas personas les parece normal morir en las carreteras y matar en ellas a su prójimo. Los gatos, ajenos a la sociedad humana y no perteneciendo a ninguna otra —porque no existe sociedad felina— son los únicos capaces de tener acceso a la objetividad. Este libro es el primer libro de historia, porque los demás no son más que compilaciones de historias, hasta tal punto es cierto que la historia-relato es un ajuste de cuentas y de cuentos. Los historiadores, incluso los más legitimados, sólo perciben una pequeña parte de lo que fue, porque están apesados entre la opaca realidad y la exigencia profesional de afirmar la transparencia de lo que es opaco.

Ya era hora de que llegara un gato para decirles a los hombres lo que fueron y lo que son. Extraños mamíferos bípedos capaces de lo mejor y de lo peor, perfeccionando el arte de destruir a sus semejantes y las técnicas de su proliferación: trescientos millones de hombres hace dos mil años; probablemente más de seis mil millones en el año 2000; dominan este pequeño planeta explotándolo quizá hasta su total destrucción. No se puede encargar ni a los verdugos ni a las víctimas la tarea de narrar la historia de

las penas capitales. Aquí estoy yo para intentar hacerlo. No mojaré mi pluma en la sangre de las víctimas de los innumerables genocidios perpetrados por los hombres, pues también pienso en aquellos y aquellas —generalmente anónimos— que dieron su tiempo y a veces su vida para que algunos optimistas pudieran inventar la palabra felicidad. Denunciaré a los inquisidores torturadores de gatos negros, pero alabaré a san Felipe Neri que ponía a su gata blanca en el altar mientras celebraba misa.

Mi memoria lleva la marca de todo lo que vio, vivió y sufrió mi raza. Soy el testigo absoluto. Yo vivo (o muero) cuando decenas de millones de hombres y mujeres desaparecen en las epidemias de peste. Vivo como espectador de las fiestas galantes cantadas y pintadas por Lulli y Watteau. Vivo en las bomboneras de los ricos y en los burdeles de los pobres, en las saunas y en los hornos. Vivo (o muero) en las trincheras de Argonne, en el cerco de Stalingrado, en el incendio de Dresde, en la destrucción de Hiroshima. Contaré todo eso en un idioma no exento de preciosismos. Hemos dormido tanto encima de los diccionarios que conocemos todas las palabras, y no confundimos, por supuesto, ataraxia con entelequia, errabundo y error, avatar y accidente, y entre dos palabras, siempre escogemos la menor. Como nos falta imaginación (desde Bastet no hemos inventado nada) ningún fantasma se interpone entre lo que es y lo que percibimos.

Y percibimos más lo que se repite que lo que cambia. Cuarenta mil esclavos asesinados el año 71 a. C. en la batalla de Brindes, y los supervivientes de la revuelta espartaquista crucificados a lo largo de las vías romanas; los cristianos arrojados a los leones hambrientos bajo los aplausos de la muchedumbre; cátaros y demás «herejes» incinerados por millares en las hogueras de la Inquisición; judíos asesinados en sus guetos por los cruzados; aztecas víctimas de un genocidio y de un etnocidio, militantes co-

munistas mártires bajo Hitler y verdugos con Stalin. Ejemplos entre otros muchos de la «repetición».

\*

No sé si será por mis orígenes asiáticos (soy un gato siamés), pero esta mañana de primero de agosto me siento vaporoso, mientras los que salen de vacaciones y los que vuelven se cruzan y se matan de vez en cuando en las autopistas sobrecargadas. Sobre las playas mediterráneas las preocupaciones cotidianas intentan transformarse en reclamos de felicidad. Los cuerpos se desnudan y broncean; la gente nada; los veleros navegan apaciblemente; los fueraborda destrozan algunos cráneos; el estruendo de sus motores oculta el contenido insípido de sus conversaciones; al anochecer se sale a bailar o a jugar al casino. ¿Por qué se agitan sin cesar? Pienso en aquel panel de laca que coronaba el trono de los emperadores de China, en el que se podía leer: «No actúes». Hago mía la máxima de Confucio: «Quien gobierna un pueblo dando buen ejemplo es como la estrella polar, que permanece inmóvil mientras todas las demás giran en su entorno». Nosotros somos la estrella polar de los hombres, recordándoles que quien verdaderamente se comporta como un jefe no toma parte en la acción. Dejamos que los mejores entre los humanos —los menos malos— intenten conocer a los demás, primer paso hacia la sabiduría, concentrándonos en conocernos a nosotros mismos, segundo paso hacia una sabiduría superior. Contemplamos a los hombres desde arriba, subidos a un árbol, un tejado, un balcón o una percha de sombreros. Ellos viven a ras del suelo, imaginándose ver la totalidad del espectáculo únicamente porque participan de esa contigüidad horizontal. Los perros, que trotan al nivel de las nalgas humanas, comparten la

misma ilusión. Unos y otros se jactan de haberlo visto todo y de haberlo comprendido todo. Su ingenuidad nos hace sonreír, pero la sonrisa de un gato, contrariamente a las afirmaciones de Alicia, deja inmóvil su hocico que permanece húmedo y fresco.

Lo que dura cambia y se transforma, ¿por qué intentar comprender el universo? Nuestra pereza felina es total, no deseamos alterar la acción mediante la acción, ya que ésta se deshace mientras se realiza. En el siglo pasado un tal Hong Xiuquan tuvo la pretensión de realizar el *taiping*, «la gran armonía». Para facilitarse la empresa se proclamó a sí mismo segundo hijo de Dios, igual a Cristo en dignidad. Desencadenó la mayor guerra campesina de la historia de la humanidad. Hubo millones de muertos y todo volvió a ser como antes. ¿Por qué actuar? Los alemanes dominaron Europa con la fuerza de las armas; fueron vencidos. Ahora la dominan con su poder económico. ¿Por qué actuar? Los japoneses conquistaron una parte del mundo con sus *kamikazes* y demás tropa; fueron vencidos. Hoy día ocupan un espacio mucho mayor con sus automóviles, sus cadenas estéreo y sus ordenadores. ¿Por qué actuar? El *yang* es la luz, el calor, la actividad, el hombre, el dominador, la parte izquierda del cuerpo; el *yin* es la oscuridad, el frío, la pasividad, la mujer, lo dominado, la espalda y la parte derecha del cuerpo. Uno y otro son a la vez el bien y el mal: son los dos alientos que permiten que prosigamos nuestra ruta. Y nuestra ruta, para nosotros los gatos, consiste en recorrer sin cesar el perímetro de nuestro territorio, defendiéndolo sin intentar ampliarlo, distrayéndonos observando la vanidad de los hombres y esperar la muerte que nos traerá la paz. Sí, en el amanecer de este primero de agosto, me siento vaporoso. Imponer la propia voluntad a los demás es sumamente ilusorio. Imponérsela a uno mismo es conformarse con la ley de la Naturaleza. Intentemos disfrutar de ese azar —o de no sufrir demasiado con él— y obedezcamos esa ley.

A veces me pregunto cuál es el origen de nuestra pereza. El profesor Jacques Sternberg, de la Universidad católica de Lovaina, antropólogo, zoólogo y teólogo de reputación mundial, adelanta una hipótesis muy interesante. Según él, Dios creó el gato a su imagen y semejanza. Por lo tanto el gato fue perezoso porque Dios Todopoderoso no tuvo necesidad de cansarse para crear al universo. Como el gato no quería hacer nada, Dios creó al hombre para servirle. Al gato le dio Sus cualidades: indolencia, lucidez, sistema sensorial sofisticado; al hombre le dio neurosis, aptitud para el bricolaje, pasión por el trabajo y vanidad. Gracias a esas cualidades secundarias el hombre, en el transcurso de los siglos, edificó una serie de civilizaciones fundadas sobre los inventos, la producción, el consumo intensivo, y todas ellas se ilustraron, se combatieron, se destruyeron unas a otras, pero sin embargo, a pesar de sus luchas sangrientas y sin piedad, todas asumieron la misión que les había confiado la potencia divina: ofrecer al gato la comodidad, el alojamiento y el cubierto. Así fue como los hombres inventaron millones de objetos inútiles, a menudo absurdos, como la máquina de afeitar eléctrica, la bomba atómica, el automóvil, el avión de reacción y el AVE, la mayoría de ellos destinados a matar el tiempo mientras el hombre, obsesionado por lo inevitable de la muerte, deseaba que el tiempo viviera. Pero también (y esto debe ser mencionado en su honor), el hombre inventó algunos utensilios indispensables para la felicidad del gato: el radiador, el cojín, el tazón, la caja de serrín, la alfombra, el cesto de mimbre y la radio para los gatos melómanos.

Esta hipótesis científicamente novedosa le valió al profesor Sternberg ser convocado a Roma por el cardenal Ratzinger, responsable de la Congregación para la doctrina de la fe. Tuvo la insolencia de comparecer con un gato negro sobre cada hombro. Despedido de la Universidad católica de Lovaina recorrió el mundo en hábito de esta-

meña y con una cuerda alrededor del pescuezo repitiendo: «Un hombre puede llamarse civilizado en la medida en que comprende al gato». El escándalo conmovió a las señoras con gato y a los poetas. Los medios de comunicación se movilizaron. El Vaticano cedió. Con la encíclica *Feles amici hominibus sunt* Juan Pablo II selló para toda la eternidad (esperémoslo así) la reconciliación de la Iglesia y del gato.

Las informaciones de las ocho nos comunican que con motivo del plan gubernamental de desdoblamiento de las autopistas y de las vías del AVE en el Hexágono, el INSEE y el INED, conjugando sus esfuerzos, han realizado una gran encuesta sobre la relación entre los hombres y la velocidad.

A la pregunta: «¿Por qué desea usted ir cada vez a mayor velocidad?», las respuestas han sido las siguientes:

- Para llegar antes delante de la pantalla de mi televisor: 20%.
- Para broncearme más tiempo cuando me voy de vacaciones: 12%.
- Para encontrar a la persona que amo: 8%.
- Para leer: 0,01%.
- No lo sé: 40%.
- Sin respuesta: 19,09%.

A los que respondieron «para broncearme más tiempo» se les hizo la siguiente pregunta:

—¿Por qué le gusta broncearse?

Respuestas:

- Para no tener que pensar: 70%.
- Para estar más guapo o más guapa: 20%.
- Sin respuesta: 10%.

A los que respondieron «para no pensar» se les preguntó (pregunta abierta):

— Cuando usted piensa, ¿en qué piensa?

Respuestas:

- En nada: 80%.
- En mis problemas profesionales: 10%.
- En mis problemas familiares: 8%.
- En el sentido de la historia: 1%.
- En la historia del sentido: 1%.

Como recomienda Epicuro, me desentiendo de todas esas preocupaciones triviales que son otros tantos obstáculos a la conquista de la beatitud. No creo en la existencia del alma, pero si con ello quiere nombrarse cierta aptitud al sufrimiento, a pensar sobre el mundo y a pensarse en el mundo, sé que desaparecerá conmigo. Al no necesitar ni apoyos políticos ni protecciones complacientes, no busco la amistad de nadie; acepto la que se presenta. Contrariamente a los perros, los asnos y los hombres, rechazo cualquier humillación, porque siempre me puedo marchar y hallar lo necesario para mi sustento. Ciertamente, después de haber recibido una corrección no escribiré que «la ejecución fue menos terrible que la espera, y el castigo aumentó el afecto hacia quien me lo había impuesto, porque descubrí en el dolor y en la propia vergüenza una sensualidad que me había dejado más deseo que temor». Y no admito que Malebranche haya pateado el vientre de su gata grávida imputando sus gritos a los «espíritus animales».

Puedo dormir veinte horas al día y disfrutar así de un quietismo catastrófico. En lo que se refiere a los deseos, son de tres clases. Deseos naturales y necesarios: beber, comer, dormir, tener calor y conocer de vez en cuando a Nefertiti. Deseos naturales e innecesarios, que

diversifican el placer y que intento satisfacer: prefiero los alimentos sofisticados que me prepara Édouard a los ratones de paso. En cuanto a los deseos ni necesarios, ni naturales, tales como la riqueza, los honores, la gloria, que los hombres solicitan tanto, yo no los siento.

Me separo de los hombres principalmente a causa de la muerte. Para mí es una desaparición total y final absoluto de la vida. Todo bien y todo mal residen en la sensación y la muerte es su desaparición. Estremece a los hombres, pero para mí no es nada porque, mientras existo, ella no existe, y cuando ella existe, yo ya no soy. Fantasma y quimera, existe solamente cuando no existe. Por eso Demócrito, Epicuro, Lucrecio, Montaigne y Swift, esos pesimistas absolutos, son mis maestros. San Jerónimo afirmaba que Lucrecio, al volverse loco, se suicidó para infligirse el castigo reservado a los impíos. Lucrecio no creía en los dioses. Para él, el hombre era nada respecto al todo, y todo respecto a la nada. De niño, como el marino que el furioso oleaje arroja sobre la playa, el hombre yace en el suelo, sin poder hablar, desprovisto de cualquier medio de vida desde el primer instante en que, confrontado al ritmo de la luz, la Naturaleza le arranca a la fuerza del vientre de su madre. Jamás se recuperará de esa miseria inicial y permanecerá durante toda su vida como un extraño en un mundo ininteligible para él. Salido de la nada, el hombre retornará a ella en cuerpo y alma, consagrando su vida a temer la muerte y a inventarse una existencia en el más allá para acomodarla a su perpetua ansiedad. Para soportar la espera se alimentará de ilusiones: ilusión del progreso; ilusión de una posible sabiduría de la mano de la filosofía; ilusión de una eventual comunicación con el prójimo; ilusión del amor que no es más que una lucha de la carne, sin salida y sin júbilo, no siendo la unión más que la realidad trágica del fracaso. Ningún mundo existe antes, después o en otra parte, y lo único que se puede hacer es no hacer

nada y contemplar inmóvil, impasible, sereno, el desarrollo trágico de ese deambular que conduce de la nada a la nada. Ésa es la actitud de los gatos. Los átomos que por un tiempo se combinaron para constituirme a mí, Akenatón, se dispersarán después de mi muerte, y únicamente quedarán estas palabras.

Lo que acabo de escribir, queridos lectores y lectoras, puede pareceros brutal, pero me compadezco de los príncipes, con toda su felicidad, porque se ven privados de oír la verdad y obligados a escuchar a los aduladores, no a los amigos. Hay quienes piensan que se puede cambiar al hombre y quienes se resignan a tomarle por lo poco que es. Yo soy de estos últimos. Al lector que se indigne con mi pretensión, responderé: «En lo referente a la humildad, no temo a nadie».